

# Campos de batalla

Sonia Arias López

Hay superhéroes que te salvan de la muerte.  
Yo tengo el mío, que cada día me salva de la vida.

Para mi hijo, Antonio Rodríguez Arias.

Que mi manera de vivir en todo aquello que veo  
sirva para que te fijes en lo que ya dejaste de ver.  
Que mis batallas te ayuden a volar sobre las tuyas.

Que este libro te ayude a florecer.

## Prólogo

No voy a ser yo la que cuente una historia.

No voy a ser yo la que relate la vivencia de amor más bonita nunca vista ni la manera en la que se sufre, se ama, se lucha, se valora o cómo se llora o se es valiente, pero sí voy a ser yo la que intente describir lo que se siente al hacerlo, según lo que soy o según lo que veo.

Si esto fuera un secreto, lo que acabo de decir sería el primero. Ya sabes que solo es secreto si te acercas para contarlo.

No es mi relato, ni es el tuyo, ni es el de nadie, pero hablo herida o feliz de las rosas, la lágrima, el árbol, la vida, el miedo, las muñecas, la lluvia o los sueños. Hablo de los sentimientos que se lo merecen. Además, las personas encajamos divinamente bien entre ellos.

Unos cuentan ovejas, otros mentiras y otros contigo, pero estoy segura de que todos hemos tenido esa sensación de estar creciendo en las rodillas de la vida sobre un campo de dolores, lo que me lleva a maldecir los días en los que me apetece destruir algo bonito.

Eso se tiene que acabar y también se tiene que escribir o describir, sea a base de serpientes, agujas, jardines, bocas, puños, nubes, espadas o princesas.

Por otro lado, mis deseos son un desastre, tire las monedas que tire a las fuentes, así que me conformo con no dejarme caer en el proselitismo barato.

Prefiero enfadarme por mojar la manga de mi jersey al lavarme las manos o cuando el lápiz se afila solo por un lado que enojarme profundamente por la política que me utiliza para sus pruebas de desarrollo, aquellas que

siempre prefieren cuatro sinónimos antes que cuatro palabras válidas, aunque a veces me es imposible. Así que, si el peso tiene que caerme en algún lado del cuerpo, que sea sobre mis alas. Eso sí, democráticamente, por favor.

Tengo que decir que no me viste ninguna doncella cada mañana, por lo tanto, pueden poner los botones de las camisas de las mujeres cuando quieran en el mismo lado que lo están en las camisas de algunos hombres; es decir, en el lado fácil. Por suerte, las mujeres sabemos rellenar los agujeros solitas estén en el lugar que estén y sin necesidad de ningún machista. Por cierto, acuérdate de que los bichos no saben, no pueden y tampoco quieren llorar. Aun así, tienen el derecho y el privilegio de vivir entre las flores más bonitas del campo de batalla.

Tenía que decirlo, como siempre, a mi manera.

No debemos irnos solo de rositas. Si nos marchamos de algún sitio, que sea con todas las flores.

La margarita, por ejemplo, no es la flor favorita de nadie, pero ¡qué bonita es siempre!

MIS CAMPOS DE BATALLA (Y BATALLA NO ES UNA FLOR)

*La belleza aparece en la autenticidad, y esta es mi verdad*

## Abundancia de lo no material

Tengo solo treinta y cuatro años y, tenga la edad que tenga, siempre voy a poner delante la palabra «solo».

Estoy deseando llegar a los «solo» setenta o noventa. No me gusta salir guapa de casa, prefiero entrar guapa en ella.

Escribo sobre cualquier cosa, y ahora los malpensados dirán que llamo «cualquier cosa» al amor, mientras que los demás dirán que escribo y punto.

Me producen cierto encanto esas personas que prefieren las pincitas de colores para tender la ropa porque aseguran que marcan menos..., aunque se diga que las de madera son las mejores.

La vida no rima, pero tiene color. Está bien.

Soy optimista, directa, clara y afortunadamente cada vez veo mejor..., después de haber aprendido de todas las mentiras suficientes, insuficientes y sobresalientes, y tras conocer que el amor no es andar a gatas.

Mi sensibilidad está en la cabeza, donde voy renovando pájaros hiperactivos. En mi corazón solo tengo la vida y la muerte.

Me gustan las miradas que se parecen a cuando vuela el pétalo de no sé qué flor.

Y ya, por fin, estoy capacitada para dejar que los monstruos me tengan. Me tengan miedo.

Tengo muy claro que las manos solo se agarran bien de las manos. Todo lo demás se toca o se intenta. Lo único que ruego a veces en esta vida, es que no se ruegue tanto, por favor.

Cuando esperen impacientes a que lllore, lo mejor que puedo hacer es darles tiempo.

Lógicamente, pasaré por días en los que cualquier cosa se me caerá al suelo y sentiré que mis manos están torpes y resbaladizas. Voy a necesitar de algo o de alguien para que me ayude a recogerlas... Se parecerá a ese otro día en el que voy a ser esa cosa insignificante, y desearé que el camino correcto se coloque bajo mis pies y me levante.

Adoro recordar las palabras maduras que salían de un buen racimo de venas, aunque cada vez que las recuerdo siento un pequeño suicidio en ellas. Es lo más normal. La persona a la que más quise en mi vida se murió con solo sesenta y uno...

Dedicado a Antonio Arias Vigo, mi padre.

*En este mundo no cuela ser feliz sin serlo*

Me enfadé cuando era una niña porque le cambiaron la voz al personaje de mis dibujos favoritos. Me pasé casi cinco días acostumbrándome a ver lo que no me gustaba. Cinco días es una mano entera. Actualmente, sigo valorando a mi mano.

En aquella época, también caminaba despacio para no asustar a los pájaros que pretendía ver de cerca. Ellos me miraban del mismo modo que se mira a quien no sabe si está en el lugar que le pertenece.

¡No sé cómo se me ha podido olvidar eso!

Yo no puedo volar. No es desesperación, es una especie de resignación adaptada a la situación, como cuando uno quiere y el otro no.

Ahora me siento rayuela sobre la que algunos saltan y otros juegan, mientras desde abajo solo veo la piedra que esconden en sus manos. Ya sabes, si no te hacen daño, se dañan.

Algunas lágrimas siguen enterradas bajo las últimas caricias. Cuando salen a flote, es como si alguien remara encima de ellas con agujas de coser después de lamer el hilo.

La verdad es que me interesa conocer a ese tipo de gente que nunca saca las canicas de los bolsillos sin sonreír, gente que solo juega sin que haya dinero de por medio.

Ahora, siento el paso del tiempo y aprendo a cicatrizar. Abro las ventanas, no las heridas, heridas en las que tanto trabajó mi cuerpo para cerrar con sus defensas propias.

Niña de circo, ahora que los saltos empiezan a parecerse a la ternura, ahora que voy a morirme en el mundo de los demás mientras aprendo a soportar cuando la vida me dice que luche, pero que no gane.

Aprendo a desconocerme. A veces, un hatajo de sentimientos se detiene en mí pareciéndose a todas esas hojas sueltas que solo un día de viento es capaz de juntar en cualquier esquina. Nos vemos en el espejo, donde hay algo dentro de lo parecido que no se puede traspasar.

Estoy siendo lo que tengo que ser, para que envejecer me haya servido para todo.

Estoy pasando por la época en la que los árboles entierran sus raíces en el cielo para ponerse bonitos, la época en la que es hora de modificar y de controlar mi tamaño para conservar mi forma natural. Todos somos pequeños arbolitos llenos de cortes limpios para crecer bien heridos y aguantar tiempos peores.